

## EL HUMANISMO DE ORTEGA Y GASSET

*Carlos Olivares Santa Cruz* \*

Gracias a una gentil invitación del profesor Donoso, nosotros —ustedes y yo— podremos hablar acerca del máximo pensador español contemporáneo: don José Ortega y Gasset.

Pero antes de entrar en el tema quisiera yo tener una idea sumaria acerca del conocimiento que ustedes poseen de la filosofía orteguiana.

Les ruego, en consecuencia, que si hay entre ustedes alguien que haya leído un libro de Ortega levante la mano con absoluta confianza.

(Breve pausa para conversar con el auditorio).

### LA NIÑEZ

Pero entremos en materia; nace Ortega en Madrid el 9 de mayo de 1883, —por consiguiente, el 9 de mayo próximo pasado hemos celebrado el centenario de su nacimiento.

En su niñez, el paisaje andaluz gravita indudablemente sobre él, como nos recuerda Julián Marías.

Más tarde, en el año 1910, describe esta experiencia suya tenida en el colegio jesuita de Miraflores del Palo, junto a Málaga. Lo hace, como no podía ser menos, a través de una espléndida y luminosa prosa castellana:

“¿Sabe el lector? . . . Hay un lugar que el Mediterráneo alaga, donde la tierra pierde su valor elemental, donde el agua marina desciende al menester de esclava y convierte su líquida amplitud en un espejo reverberante, que refleja lo único que allí es real. Saliendo de Málaga, siguiendo la línea ondulante de la costa, se entra en el imperio de la luz, yo he sido durante seis años emperador dentro de una gota de luz, en un imperio más azul y esplendoroso que la tierra de los mandarines”.

Más tarde, a los 27 años, a raíz de la publicación de una novela de Pérez de Ayala, vuelve Ortega a rememorar su niñez: pero ahora con distinto cariz.

Al leer el libro de Ayala —dice— “esa niñez perdida ha venido correteando hasta mí con peligrosa celeridad . . .”.

Y más adelante agrega que el paso de la infancia sometida a la pedagogía jesuita —que la novela de Ayala describe— le llega “bajo los recamos

\* Transcripción de la conferencia dictada a los alumnos del curso de Fundamentos Filosóficos del Derecho, del profesor Crescente Donoso Letelier, el 30 de junio de 1983.

de un mediodía magnífico—. Mas yo pongo las manos a modo de visera para resguardarme las pupilas de esa refulgencia excesiva en que flotó mi infancia, y entonces descubro *la misma niñez triste y sedienta* que formó el corazón temploroso de *Bertuco*, el pequeño héroe de Ayala”.

Ahora bien, ¿por qué detenemos en estas anécdotas de la niñez de Ortega? No adelantemos camino. Más adelante volveremos sobre ellas y veremos cómo, junto a otras circunstancias, marcan profundamente la sensibilidad de nuestro filósofo.

#### EL ÁMBITO FAMILIAR

Hemos visto algunos aspectos que influyen en la infancia de Ortega. Veamos ahora otros, igualmente decisivos, que provienen de su ámbito familiar.

Su madre, doña Dolores, era hija de don Eduardo Gasset, fundador de *El Imparcial*, diario de gran prestigio en España.

Su padre, don José Ortega Munilla, por su parte, colabora en ese periódico y, posteriormente, dirige la prestigiosa sección literaria denominada “Los Lunes del Imparcial”.

De ahí que el joven Ortega se educara en el tráfago del ambiente periodístico de la época. Esta circunstancia lo hizo decir —figuradamente— que había nacido... en una linotipia.

Entre paréntesis, no se ha advertido suficientemente hasta ahora, al menos que yo sepa, que este ambiente habría de conformar el oído avisador de Ortega para captar la noticia intelectual dondequiera que ésta se produjera, hecho tan característico del talante de nuestro pensador, que siempre estaba “al día” y que explica, a mi juicio, buena parte de su estilo de escribir.

#### EL AMBIENTE INTELECTUAL EN QUE SE MOVIÓ

¿Cuál fue el ambiente intelectual en el cual se movió Ortega?

Para mayor claridad distinguiremos entre la situación española y la del resto de Europa.

Seguiremos en esta materia las observaciones formuladas y la cronología establecida por Julián Marías en su obra “Ortega, circunstancia y vocación”.

##### A. *Circunstancia española*

La generación española inmediatamente anterior a la de Ortega es la famosa Generación del 98, formada por quienes nacieron entre 1864 y 1878.

“Vivieron en ese nivel histórico Unamuno (con quien polemizaría en España en un diálogo que lo obligaría a dar temprana forma a su pensamiento), Baroja, Azorín, Valle Inclán, Benavente, Antonio y Manuel Machado, Maeztu, Ganivet, etc.

La generación de Ortega, en cambio, es la de 1886 y recibe el aporte de la anterior en la que la España actual comienza. Se trata, sobre todo, como observa Marias, “de una nueva manera de ver la realidad nacional y los temas intelectuales”.

Todos los miembros del 98 partirán de la pregunta ¿Qué es España? Y tratarán, por medio de su obra, de descubrir su ser esencial y de reconstruir, conforme a él, la realidad española de su tiempo. Es esto lo más característico de dicha generación.

Estimo que está de más presentar a ustedes la obra de estos creadores; ¿quién no habrá saboreado, alguna vez, la prosa finamente cincelada de Azorín o los versos de trabajada emoción de los hermanos Machado?

Dejemos, pues, esta materia al recuerdo y a la experiencia interior de cada uno de ustedes.

*B. Demos un paso más y veamos qué ocurría  
en el resto de Europa*

En generaciones pasadas; pero actuantes en el medio intelectual europeo, con que contó Ortega, tenemos lo siguiente:

1826 — Marx, Engels, Renan, Spencer y Wundt, entre otros.

1841 — Dilthey (de tan profunda influencia en Ortega, aunque no lo conociera personalmente), Brentano, Cohen, Von Hartman, Nietzsche, James, etc.

1856 — Husserl (el famoso creador de la filosofía fenomenológica) Bergson, Dewey, Santayana, Blondel, Durheim, Levy-Bruhl, Sombart, Simmel, Freud y Planck, para nombrar sólo a los más importantes.

1871 — Schiller, Croce, Russell, Scheler, Cassirer, Jung, etc.

Y, finalmente, en la generación del propio Ortega:

1886 — Spengler, Keyserling, Jaeger, Kelsen, Maritain, Supranger, Jaspers, Gilson, Guardini, Koehler, García Morente, Jean Wahl, Colingooov, Wittgstein, Heidegger, Gabriel Marcel, Toynbee, etc. y, por supuesto, el mismo Ortega.

Finalmente, por su importancia decisiva para la formación de nuestro filósofo, cabe mencionar sus estudios en Alemania.

En 1905, viaja a Leipzig, donde estudia minuciosamente la metafísica de Kant.

Al año siguiente, a Nuremberg y Berlín.

Y, finalmente, en el segundo semestre de 1906 y durante 1907, aprende en Marburgo, bajo la dirección de Herman Cohen y Paul Natorp.

Entrar en el detalle, y aún en las líneas generales de la obra de cada uno de estos pensadores sería cuento de nunca acabar.

Debemos, pues renunciar a ello y, mirando al conjunto de su obra, consignar el hecho de que Ortega encontró frente a sí dos tendencias filosóficas vigentes: el realismo y el idealismo.

Tampoco es este el momento oportuno para realizar grandes y complejos desarrollos metafísicos.

Para dar cumplimiento a nuestro propósito nos bastará recordar lo siguiente, ateniéndonos a lo expuesto por Ortega en su obra *¿Qué es filosofía?*:

“Pues bien, antigüedad y modernidad coinciden en intentar, bajo el nombre de filosofía, el conocimiento del Universo o cuanto hay. Pero al dar el primer paso, al buscar la primera verdad sobre el universo, comienzan ya a discrepar. Porque el antiguo parte, desde luego, en busca de una realidad primera, entendiendo por primera la más importante en la estructura del Universo. Si es teísta, dirá que la realidad más importante que explica las demás es Dios; si es materialista dirá que la materia; si es panteísta dirá que una entidad diferente, a la vez materia y Dios —*natura sive Deus*. Pero el moderno detendrá toda esta disputa y pesquisa diciendo: es posible que, en efecto, sea esta o la otra realidad la más importante en el Universo, pero después de lo que hubiésemos demostrado no habríamos adelantado un paso —porque ustedes han olvidado preguntarse si esa realidad que explica a las demás la hay con toda evidencia, más aún, si esas otras realidades explicadas por ella, menos importantes que ella, existen indudablemente. El problema *primero* de la filosofía no es averiguar qué realidad es la más importante, sino qué realidad del Universo es la más indudable, la más segura —aunque sea por caso, la menos importante, la más humilde e insignificante. En suma, que el problema primero de la filosofía consiste en determinar qué nos es dado del Universo —el problema de los datos radicales. La antigüedad no se plantea nunca formalmente este problema; por eso, cualesquiera sean sus aciertos en las demás cuestiones, su nivel es inferior al de la modernidad. Nosotros —dice Ortega— nos instalamos, desde luego en este nivel, y lo único que hacemos es disputar con los modernos sobre cuál es la realidad radical e induditable”.

De esta manera, Ortega se enfrenta con el idealismo y se propone superarlo. Esta será, en gran parte, su razón de ser filosófica.

Veamos cómo nos lo dice con sus propias palabras:

A propósito de la realidad radical e induditable de que hablaba pocas líneas atrás, agrega lo siguiente: “Hallamos que [la realidad primaria] no es la conciencia, el sujeto —sino que *la vida que incluye, además del sujeto,*

*el mundo* "— De esta manera escapamos del idealismo y conquistamos un nuevo nivel".

En esta forma logra superar la dicotomía realismo-idealismo, integrando ambas concepciones en una unidad superior que comprende a las dos.

Así, pues, la vida humana, la de cada cual, es en la metafísica orteguiana la realidad radical.

Pero advierte nuestro filósofo: "Al llamarla 'realidad radical' no significo que sea la única ni siquiera que sea la más elevada, respetable o sublime o suprema, sino simplemente que es la raíz —de ahí radical— de todas las demás en el sentido de que éstas, sean las que fueren, tienen, para sernos realidad, que hacerse de algún modo presentes o, al menos, anunciarse en los ámbitos estremecidos de nuestra propia vida".

Veamos esto con alguna mayor precisión:

"El nuevo hecho radical —dice Ortega— es 'nuestra vida', la de cada cual. Intente cualquiera hablar de otra realidad como más induditable y primaria que ésta y verá que es imposible. Ni siquiera el pensar es anterior al vivir —porque el pensar se encuentra a sí mismo como trozo de mi vida, como un acto particular de ella. Este mismo buscar una realidad induditable es algo que hago porque y en tanto que vivo—, es decir, es algo que ejecuto no aislado y por sí, sino que busco eso porque vivo ahora preocupándome en hacer filosofía y como el primer acto del filosofar; y el filosofar es, a su vez, forma particular del vivir que supone este vivir mismo— puesto que si hago filosofía es por algo previo, porque quiero saber qué es el Universo... En suma, cualquiera realidad que queramos poner como primaria, hallamos que supone nuestra vida y que al ponerla es ya un acto vital, es 'vivir'".

#### LA ECUACIÓN METAFÍSICA DE ORTEGA

Así, pues, el hallazgo metafísico de Ortega culmina con su concepción de la vida humana, la de cada cual.

¿Qué se esconde bajo esto?

La respuesta es sencilla: YO. ¿Y quién es ese yo? Ese Yo concreto que somos cada uno de nosotros equivale a lo siguiente : yo (segundo yo o momento de yoidad) y la circunstancia que lo rodea : esta es la famosa ecuación metafísica de Ortega :

Yo soy yo y mi circunstancia.

Este Yo se caracteriza por ser concreto y, por tanto real (Sólo lo concreto es real).

\* El subrayado es nuestro.

Pues bien, este Yo es personal, posee una "yoidad" y ésta, a su vez, está rodeada por una circunstancia, es circunstancial.

Ya veremos con algún detenimiento lo que todo esto significa.

#### EL PRIMER YO

Veamos qué nos dice al respecto Julián Marías, el discípulo más cercano a Ortega.

Comienza Marías por establecer un principio básico: "Lo decisivo —dice— es el primer *Yo* de la fórmula orteguiana, aquel que no simplemente 'significa', sino que designa o *denomina*, que señala *a mí*, a mi realidad, y de quien se dice que '*soy yo y mi circunstancia*'".

Este primer yo —añade— que no puede ser abstracto es una *posición* de realidad, y por eso no se le puede anteponer un artículo: tan pronto como dijéramos "el yo" habríamos suspendido su función real y efectiva, y lo habríamos suplantado por algo enteramente distinto (Por un yo subjetivo).

En esta forma, si de mí digo *yo* estoy mencionando a un hombre concreto que tiene alma (el segundo yo o "yoidad") y que ésta está rodeada por una circunstancia concreta: mi cuerpo, mi psiquis, mi historia personal, el medio familiar en que he crecido, mi actividad laboral, mi afectividad, etc.; en suma todo cuanto aparece en mi vida circundando a mi yoidad.

#### EL SEGUNDO YO O VOCACIÓN PERSONAL

El segundo yo es nuestra vocación vital. Ortega lo describe con magníficas palabras:

"El yo de cada uno de nosotros es ese ente extraño que, en nuestra íntima y secreta conciencia, sabe cada uno de nosotros que *tiene* que ser. Esta íntima conciencia constantemente nos dice quién es ese que tenemos que ser, esa persona o personaje que tenemos que esforzarnos en realizar, y nos lo dice con una misteriosa voz silente que no necesita palabras, que es, por rara condición, a un tiempo monólogo y diálogo, una voz que como un hilo de agua asciende en nosotros de un hontanar profundo, que nos susurra el mandamiento de Píndaro: 'Llega a ser el que eres'; una voz que es llamada hacia nuestro más auténtico destino; en suma, la voz de la vocación, de la personal vocación".

"Pero además de ser nuestra personal vocación vital, este segundo yo, este momento de 'yoidad' es inseparable de la circunstancia" —como acota Julián Marías—. Y añade "es el *sujeto* del vivir, *centro* de una circunstancia; ésta, en efecto, está constituida por estar en torno —circum— a un yo; su

modo de ser es *circular* ... es, pues el yo quien da a la circunstancia su carácter de tal...".

Y, finalmente, debemos agregar que este yo es el que piensa. Sin embargo, por el hecho de ser este pensamiento eminentemente circunstancial, nos referiremos a él después de haber tratado acerca del factor "circunstancia" en cuanto tal.

#### LA CIRCUNSTANCIA

"¡La circunstancial! ¡Circum-stancial". Dice Marías: "no se puede entender sólo de un modo geográfico, ni físico, ni orgánico".

Y a continuación cita un texto de las *Meditaciones del Quijote*, donde Ortega dice claramente: "¡El mundo exterior! Pero ¿es que los mundos insensibles —las tierras profundas— no son también exteriores al sujeto? Sin duda alguna: son exteriores y aún en grado eminente".

La circunstancia —comenta Marías— "comprende el mundo exterior y el interior; todo aquello que es *exterior al sujeto* —no a su cuerpo solo—; por tanto todo aquello que no soy *yo*. Todo aquello que encuentro en torno mío, *circum me*. Lo no sensible, el mundo llamado 'interior', es exterior al segundo yo de la expresión 'yo soy yo y mi circunstancia'; por tanto, forma parte *de ésta*, y sólo puede decirse que forma parte de mí en el sentido del primer 'yo', aquel que designa mi realidad personal entera".

#### EL PENSAMIENTO

Ahora bien, en esta interacción del segundo yo con su circunstancia, quien piensa es el yo.

Nos detendremos a continuación acerca del carácter de este pensamiento y tendremos ocasión de comprobar como éste, al revés de lo que usualmente se estima, es esencialmente práctico.

Para entrar en el tema, Ortega comienza por presentarnos magistralmente el hecho insólito de la capacidad meditativa del hombre, en contraposición al puro animal, que carece radicalmente de ella.

Y para este efecto, nos invita a que asistamos donde conviva un conjunto de animales; y nos dice:

"En ninguna parte advertimos que la posibilidad de meditar es, en efecto, el atributo esencial del hombre mejor que en el Jardín Zoológico, delante de la jaula de nuestros primos los monos".

Y añade ante formas lejanas de animalidad, que no disparan ante nosotros su proximidad inquietante: "El pájaro y el crustáceo son formas de vida demasiado distantes de la nuestra para que, al confrontarnos con ellas, percibamos otra cosa que diferencias gruesas, abstractas, vagas de puro

excesivas. Pero el simio se parece tanto a nosotros, que nos invita a afirmar el parangón, a descubrir diferencias más concretas y más fértiles”.

A continuación, Ortega se preocupa de describir la vida simiesca frente a la humana.

Por lo pronto —acota— el simio se nos aparece como una bestezuela inquieta, atenta constantemente al contorno.

“La bestia, en efecto —dice textualmente Ortega—, vive en perpetuo miedo del mundo y a la vez en perpetuo apetito de las cosas que en él hay y que en él aparecen, un apetito indomable que se dispara también sin freno ni inhibición posibles, lo mismo que el pavor”.

Y añade Ortega estas palabras decidoras: “El (el animal) no rige su existencia, no vive desde *sí mismo*, sino que está atento a lo que pasa fuera de él, a lo *otro* que él. Nuestro vocablo *otro* no es sino el latino *alter*. Decir, pues, que el animal no vive desde *sí mismo* sino desde *lo otro*, equivale a decir que el animal vive alterado, enajenado, que su vida es constitutiva *alteración*.”

Ahora bien, el hombre se encuentra indudablemente, lo mismo que el animal, “prisionero del mundo, cercado de cosas que le espantan, de cosas que le encantan, y obligado de por vida, inexorablemente, quiera o no, a ocuparse de ellas”.

A continuación, agrega Ortega estas palabras decisivas: “El hombre puede, de cuando en cuando, suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él, y sometiendo su facultad de atender a una torsión radical —incomprensible zoológicamente—, volverse, por decirlo así, de espaldas al mundo y meterse dentro de sí, atender a su propia intimidad o, lo que es igual, ocuparse de *sí mismo* y no de lo *otro*, de las cosas.”

Resume Ortega la siguiente humana operación: Se trata —dice— del “poder que el hombre tiene de retirarse virtual y provisoriamente del mundo, y meterse dentro de sí, o dicho con un espléndido vocablo, que sólo existe en nuestro idioma: que el hombre puede ensimismarse”.

Y a continuación advierte las dos consecuencias inmediatas de “esta maravillosa facultad que el hombre tiene de liberarse de ser esclavizado por las cosas”.

Se trata, en definitiva, de dos poderes concedidos al hombre:

1. El “poder desatender más o menos tiempo el mundo en torno sin riesgo fatal”, y
2. “El tener dónde meterse, dónde estar, cuando se ha salido virtualmente del mundo”.

Todo lo anterior era indispensable para poder comprender el carácter vital o práctico que asigna Ortega al pensamiento humano.

Veamos paso a paso esta connotación.



Dice Ortega en *La Rebelión de las Masas* que “si se escruta bien la entraña última de cualquier concepto, se halla que no nos dice nada de la cosa misma, sino que resume lo que un hombre puede hacer con esa cosa o padecer de ella”.

Claro está que, como observa Lersch, “esta manera de ver según la cual el contenido de un concepto está siempre vinculado a un fin y expresa simbólicamente una posible acción sobre el mundo o una posible pasión de parte del mundo no fue descubierta por Ortega...”. “La hallamos ya en la doctrina bergsoniana sobre el intelecto, que no es —resumamos el pensamiento básico de Bergson— en absoluto lo que parece, esto es, un medio de conocer simplemente por conocer, sino un instrumento de dominio sobre el mundo, de técnica vital, un medio de velar por nuestra existencia”.

Pero retornemos a Ortega. Retrocedamos en el curso de su pensamiento para tener presente nuevamente lo dicho por él en su ensayo *Ensimismamiento y alteración*.

Lo haremos sólo en la medida que sea estrictamente necesaria para nuestro propósito que, en el presente caso, se limita a comprender la respuesta sumaria que el filósofo nos daría si le preguntáramos ¿cómo funciona el carácter pragmático del pensamiento humano?

La respuesta de Ortega es perfectamente clara:

“Hay tres momentos diferentes que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia humana en formas cada vez más complejas y densas: 1º, el hombre se siente perdido, náufrago en las cosas; es la *alteración*. 2º, el hombre, con un enérgico esfuerzo, se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación; es *el ensimismamiento*, la *vita contemplativa* que decían los romanos, el *theoretikós bios* de los griegos, la *theoría*. 3º, el hombre vuelve a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la *acción*, la *vida activa*, la *praxis*”.

“Según esto, *no puede hablarse de acción sino en la medida en que va a estar regida por una previa contemplación; y viceversa, el ensimismamiento no es sino un proyectar la acción futura*”.

#### UN EJEMPLO DE PENSAMIENTO PRAGMÁTICO

Si pregunto, ustedes ¿por qué están hoy aquí? podrán darme respuestas muy diferentes; pero subyace a todas ellas una realidad evidente: porque eligieron seguir la carrera de Derecho y en su estudio se encuentra una asignatura, la Filosofía del Derecho, en la cual los “azotes académicos” de mi querido amigo el profesor Donoso los ha conducido hasta aquí.

De tal manera que, después de haber dado cumplimiento a todo el proceso descrito en el pensamiento pragmático y que en este caso significa

estar primeramente alterado en la realidad del colegio y de sus posibilidades al dar término a los estudios secundarios, han debido ensimismarse para decidir qué quieren hacer ustedes con su vida laboral. Y una vez que han elegido la carrera de Derecho, han debido volver al mundo práctico, la praxis, para dar su prueba de aptitud académica, inscribirse en la Universidad, seguir sus cursos regulares, etc.

Nuestro ejemplo tiene dos ingredientes: es una carrera liberal y esta carrera es la de Derecho. Si cargamos el acento en este último elemento estaremos invadiendo el campo en el que, con mucho mayor competencia que la nuestra, se desempeña brillantemente el profesor Donoso. Dejaremos, pues, que él, con su experiencia, los guíe sabiamente por esta disciplina compleja.

Por nuestra parte, reduciremos nuestro empeño al análisis de que sea una carrera liberal y, a lo mejor, esta realidad, de apariencia tan humilde, nos depare más de una agradable sorpresa.

“Las profesiones liberales —dice Ortega— son muchas y entre sí de figura muy diferente”.

Por supuesto no es lo mismo ser físico nuclear que botánico. Entre ellos “el camino es largo”.

“¿Cabe no obstante —se pregunta Ortega— descubrir algunos caracteres que sean a todas comunes y, a la vez, las diferencien de las profesiones no liberales?”.

Esta es a mi juicio la cuestión decisiva.

Rechaza Ortega, en primer lugar, el concepto que nos viene de la antigüedad grecorromana. Y es que allá la distinción entre *artes liberales* y *artes serviles* no viene calificada por la actividad misma, sino por el tipo de hombre que normalmente las ejercitaba.

En aquel mundo “en la profesión liberal el libre era el sujeto y su libertad constituía un estado social perfectamente determinado y jurídicamente definido”.

Pero ocurre que en nuestro tiempo el estado jurídico de libertad constituye la norma general y, aún más, el estado social de los hombres libres “se va haciendo más homogéneo”.

Por ello, no nos sirve el antiguo concepto de profesión liberal. Esta expresión significa para nosotros algo completamente distinto que para griegos y romanos.

¿Qué? De ello nos ocuparemos a continuación.

En primer lugar, nos dice Ortega, la profesión liberal es predominantemente intelectual.

E ilustra esta afirmación con dos ejemplos.

“El pastor no es propiamente un obrero manual, pero la actuación de un pastor es, ante todo, la de un cuerpo humano. Viceversa, la cirugía

es un ejercicio de la destreza manual, pero aún siéndolo, predomina en él el saber anatómico, físico y patológico, la reflexión, el juicio certero”.

En segundo lugar, las profesiones liberales se caracterizan “aparte de su ejercicio intelectual, porque no se las ejercita corporativamente”.

Y de lo anterior, deduce esta importantísima conclusión: “Por tanto, la profesión liberal, en este sentido más restringido, es aquella en que el individuo actúa suelto, por sí y ante sí”.

¿Y qué importancia tiene esto? Muchísima, como veremos a continuación.

“En las ocupaciones manuales —dice Ortega— el individuo como tal, es decir, *ese* determinado individuo, no representa papel alguno”.

Y añade: “La labor que cumple puede ser igualmente realizada por cualquier otro individuo”... “Su obra es anónima e indiferenciada, desindividualizada, despersonalizada”.

Por el contrario, “en la profesión liberal el hombre actúa formalmente como individuo concreto, con sus condiciones personalísimas”.

Y esto es para nosotros lo realmente importante: *Su actividad tiene siempre una dimensión de creación.*

Por lo tanto “no consiste en repetir un comportamiento *standard*. Se exige que ella sea siempre, más o menos, invención, que el profesional reaccione en cada caso de un modo original”.

Esto supone, en buen romance, que “la profesión liberal, en suma, supone talento o dotes”.

Y este talento debe ponerse a punto mediante un prolongado y difícil aprendizaje.

De lo anterior pues deduce Ortega que, frente a las demás profesiones, necesita la profesión liberal talento creador y vocación.

Ya nos hemos referido al talento, veamos en seguida algo sobre la vocación profesional.

“En la profesión liberal —dice nuestro filósofo— *la ocupación pertenece a lo más personal de la persona*” \*.

Ahora bien “este esfuerzo que no nos sirve impuesto desde fuera, sino que, por el contrario, emerge desde el propio sujeto hasta el punto de que sólo sumergido en él se siente feliz, *es lo que llamamos vocación*” \*\*.

De ahí que repitamos: talento y vocación son dos características que diferencian a las profesiones liberales de las demás.

Ahora bien, estas características de la profesión liberal traen consigo no pocos problemas frente a nuestra sociedad.

Vamos por partes.

\* El subrayado es nuestro.

\*\* Idem.

En primer lugar, debemos recordar que tanto el talento como la vocación “son magnitudes variables. Hay un más o un menos de talento, hay un más o un menos de vocación”.

De tal manera que en la “profesión libre los individuos aparecen jerarquizados ante la sociedad”.

“Esta —recuerda Ortega— no sólo necesita un médico, sino que reclama un buen médico y, a ser posible, el mejor médico”.

He aquí, pues, otro carácter que *la sociedad* exige al profesional para que “lo acepte y sostenga”.

Esto explica que en toda profesión liberal se dé una lucha por la preferencia social entre los individuos que la sirven”.

Pero “en algunas profesiones esta lucha se extrema porque la diferencia de poder social entre el gran médico, el gran artista, el gran escritor y los demás colegas es enorme”.

Y es en este punto, precisamente, donde la configuración actual de la sociedad puede influir en las carreras liberales de manera desastrosa.

¿Y por qué es esto posible?

Porque la sociedad actual se caracteriza “por la manía del igualitarismo”. Y esto trae consigo “que dentro de la profesión liberal misma los menos dotados buscarán apoyo en el Estado para que éste regimiente la profesión, de modo que todos los que la ejercitan queden colocados socialmente, y esto significa, económicamente, al mismo nivel”.

Estas consideraciones nos conducen a un hecho de primera magnitud *al margen o ámbito que cada época histórica ha dejado al individuo*.

Si analizamos someramente este hecho, tendremos lo siguiente:

“Ha habido una alteración de épocas que podemos llamar individualistas y épocas colectivistas”.

Pero es preciso dejar constancia que las individualistas “han sido sumamente escasas y sumamente breves hasta el punto de que puede considerarse lo normal en la historia la compresión del individuo por poderes anónimos” . . . “Bien patente es que hoy predominan las formas de actuación colectiva y que el individuo no encuentra ante sí apenas espacio suficiente para su ser personal”.

Y de lo anterior extrae Ortega una aterradora consecuencia.

“¿Puede hoy —se pregunta— un hombre de veinte años formarse un proyecto de vida que tenga figura individual y que, por tanto, necesitaría realizarse mediante sus iniciativas independientes, mediante sus esfuerzos particulares?”.

Y añade “Al intentar el despliegue de esta imagen en su fantasía ¿no notará que es, si no imposible, casi improbable, porque no hay a su disposición espacio en que poder alojarla y en que poder moverse según su propio dictamen? Pronto advertirá que su proyecto tropieza con el prójimo,

cómo la vida del prójimo aprieta la suya. El desánimo le llevará con la facilidad de adaptación propia de su edad, a renunciar no sólo a todo acto, sino hasta a todo deseo personal y buscará la solución opuesta: imaginará para sí una vida *standard*, compuesta de *desiderata* comunes a todos y verá que para lograrla tiene que solicitarla o exigirla en colectividad con los demás. De ahí la acción en masa”.

Muchos años atrás, en *La Rebelión de las masas*, Ortega hacía notar el prodigioso avance de las ciencias.

“Lo natural —añade ahora— sería que habiendo fracasado y traído a terribles sufrimientos a todo el Occidente los demás grandes poderes históricos, la eficacia que la ciencia ha conservado y aumentado hubiera hecho de ella un ídolo para las gentes”.

Sin embargo no es así, “se benefician de sus resultados, pero no están dispuestos a reconocer la superioridad de sus autores”.

¿Y por qué ocurre esto así? Porque “la inteligencia es el superlativo de la individualidad y las masas detestan a los individuos únicos, aceptan sólo a los individuos intercambiables”.

De manera, pues, que la faena que se presenta ante ustedes es más complicada y ardua de lo que a primera vista parece: además de poseer talento y vocación, deberán ustedes luchar duramente para conquistar un lugar en esta sociedad masificada, que les permita ejercer su profesión sin dejar de ser ustedes mismos.

#### VUELTA A LA NIÑEZ

Hemos hecho largo recorrido por parte de la metafísica de Ortega.

En este momento, yo quisiera volver a su niñez marcada por el signo andaluz y de la que hablábamos al comienzo de esta charla.

Nos referíamos en esa ocasión, en primer lugar, a la influencia positiva de la Andalucía luminosa sobre el niño Ortega, que seguramente refulgió más tarde en la jovialidad de sus escritos juveniles y de los que ya entraban a la madurez.

Me interesa, sin embargo, examinar con mayor detenimiento a ese joven “triste y sediento”, educado por los jesuitas de Miraflores del Palo, cerca de Málaga.

(Estos) desgraciados factores educativos, a los que Ortega formuló duros reproches, contribuyeron a que (el joven Ortega) se alejara tempranamente del catolicismo.

No debemos olvidar, sin embargo, su juicio sobre el catolicismo español: no lo rechaza por lo que tiene de católico sino por lo que contiene de español, como torpeza pedagógica.

Al respecto, dirá textualmente: “No se impute al catolicismo lo que es un defecto de curiosidad ibérico. En este ejemplo podemos ver con cla-

ridad que el *catolicismo* español está pagando deudas que no son suyas, sino del catolicismo *español*".

Contrasta, por ejemplo esta apreciación con la creciente admiración que sintió por los pensadores católicos alemanes, entre los que destacaban, indudablemente, numerosos y eminentes sacerdotes jesuitas.

Al escepticismo anterior contribuyó también, sin duda, el agnosticismo que reinaba en los círculos periodísticos españoles y, por lo tanto, también, en *El Imparcial*.

Ahora bien, si sabemos leer entre líneas en la obra de la madurez y añejanidad de Ortega, podremos percibir una creciente amargura.

¿A qué se debe esto? A mi juicio a varias causas: sus poco afortunadas incursiones en la política española; su resentimiento por el escaso poder social del pensamiento y —aquí llegamos a nuestro punto— a que, aunque al correr de sus últimos años, fue acercándose paulatinamente a la religión, no quiso o no pudo plantar en su obra el problema metafísico de Dios. Tal vez habría bastado para ello prolongar suficientemente alguna de sus líneas más importantes; como, por ejemplo: si la vida es la realidad radical, ¿quién nos la da?; si la vocación vital es un llamado a lo más íntimo de nuestro ser, ¿Quién nos llama y para qué?, etc.

El hecho es que este planteamiento filosófico de la realidad transfísica no se dio en su doctrina de manera explícita y de ahí que, a mi juicio, tal vez inconscientemente, advirtiera amargamente que su obra carecía de un último fundamento.

Pero, naturalmente, esta no es más que una suposición, porque, con frase de Santo Tomás, faenas de esta clase "exceden a toda humana diligencia".

Las últimas palabras ya se acercan para poner fin a esta charla.

Antes de hacerlo, sin embargo, quisiera recordarles el grave deber que les asiste; ser fieles a su vocación vital, firmemente arraigados en su Dios personal; ser creadores conforme a ella en el plano profesional y, finalmente, luchar reciamente para conseguir imprimir en la sociedad su perfil personalísimo.

Jóvenes: si así lo consiguen, pueden estar seguros de que en su labor profesional habrán llegado lo más cerca posible a esa realidad esquiva que llamamos felicidad.

Es lo que de corazón les deseo.

Gracias.